

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL



EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum

Non praevalent

Año LIV, número 44 (2.792)

Ciudad del Vaticano

4 de noviembre de 2022

El Papa Francisco en Baréin

Vivir juntos en paz y respeto



DISCURSO DE FRANCISCO EN BARÉIN CON LAS AUTORIDADES, LA SOCIEDAD CIVIL Y EL CUERPO DIPLOMÁTICO (PÁGINA 7)

Con los jóvenes de Acción Católica italiana el Papa propone la experiencia de la parroquia

El lema del "¡me interesa!" contra el cáncer del desinterés

PÁGINA 3

La misa celebrada por el Papa en sufragio de los cardenales y obispos difuntos durante el año

Entre espera y sorpresa

PÁGINAS 4-5

La audiencia del 25 aniversario de la fundación de Coopercom

Encuentro, escucha y palabra: el «abc» del buen comunicador

PÁGINA 6

En Medellín, el cardenal Semeraro beatificó a María Berenice Duque Hencker

Con humildad evangelizó a los pobres

PÁGINA 8

En el Ángelus el llamamiento del Pontífice después del atentado terrorista del sábado en Mogadiscio

Dios convierta los corazones de los violentos

La oración por las víctimas de la tragedia en Seúl y por Ucrania

«¡Que Dios convierta el corazón de los violentos!». Con el pensamiento dirigido a las víctimas del atentado terrorista del sábado en Mogadiscio, el Papa lanzó este sentido llamamiento al finalizar el Ángelus recitado el domingo 30 de octubre, con cerca de 35 mil fieles reunidos en la plaza de San Pedro. Anteriormente, el Pontífice había dedicado la meditación de introducción al pasaje litúrgico de Lucas (19, 1-10) que narra el encuentro entre Jesús y Zaqueo.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy, en la liturgia, el Evangelio narra el encuentro entre Jesús y Zaqueo, jefe de los publicanos en la ciudad de Jericó (Lc 19,1-10). En el centro de esta narración se halla el verbo buscar. Estamos atentos: buscar. Zaqueo «buscaba ver quién era Jesús» (v. 3), y Jesús, tras haberlo encontrado, afirma: «El Hijo del Hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido» (v.10).

a un sicómoro para verle, porque iba a pasar por allí» (v. 4). Se subió a un sicómoro: Zaqueo, el hombre que dominaba todo, hace el ridículo, va por el camino del ridículo para ver a Jesús. Pensemos qué sucedería si, por ejemplo, un ministro de economía se subiese a un árbol para ver algo: se arriesga a las burlas. Y Zaqueo se arriesgó a que se burlasen de él para ver a Jesús, hizo el ridículo. Zaqueo, en su bajeza, siente la necesidad de buscar otra mirada, la de Cristo. Aún no lo conoce, pero espera a alguien que lo libere de su condición —moralmente baja—, que le haga salir de la ciénaga en la que se encuentra. Esto es fundamental: Zaqueo nos enseña que, en la vida, nunca está todo perdido. Por favor: ¡nunca está todo perdido, nunca! Siempre podemos dar espacio al deseo de comenzar, de reiniciar, de convertirnos. Y esto es lo



Esta es la historia de la salvación: Dios no nos ha mirado desde lo alto para humillarnos y juzgarnos, no; por el contrario, se ha rebajado hasta lavarnos los pies, mirándonos desde abajo y restituyéndonos la dignidad

Detengámonos un momento en las dos miradas que se buscan: la mirada de Zaqueo que busca a Jesús, y la mirada de Jesús que busca a Zaqueo. La mirada de Zaqueo. Se trata de un publicano, es decir, de uno de aquellos hebreos que recaudaban los impuestos por cuenta de los dominadores romanos —un traidor a la patria— y que se aprovechaban de su posición. Por este motivo, Zaqueo era rico, odiado por todos y señalado como pecador. El texto dice que «era pequeño de estatura» (v. 3), y con esto quizá alude también a su bajeza interior, a su vida mediocre, deshonesta, con la mirada siempre dirigida hacia abajo. Pero lo importante es que era bajito. Y sin embargo, Zaqueo quiere ver a Jesús. Algo lo empuja a verlo. «Se adelantó corriendo —dice el Evangelio— y se subió

que hace Zaqueo. En este sentido, es decisivo el segundo aspecto: la mirada de Jesús. Él ha sido enviado por el Padre a buscar a quien se ha perdido; y cuando llega a Jericó, pasa precisamente bajo el árbol en el que está Zaqueo. El Evangelio narra que «Jesús levantó la mirada y le dijo: “Zaqueo, baja pronto, porque conviene que hoy me quede en tu casa”» (v. 5). Es una imagen muy hermosa, porque si Jesús debe alzar la mirada, significa que mira a Zaqueo desde abajo. Esta es la historia de la salvación: Dios no nos ha mirado desde lo alto para humillarnos y juzgarnos, no; por el contrario, se ha rebajado hasta lavarnos los pies, mirándonos desde abajo y restituyéndonos la dignidad. Así, el cruce de miradas entre Zaqueo y Jesús parece resumir toda la historia de la salvación: la humanidad con

sus miserias busca la redención; pero, ante todo, Dios con su misericordia busca a la criatura para salvarla. Hermanos, hermanas, recordemos esto: la mirada de Dios no se detiene nunca en nuestro pasado lleno de errores, sino que ve con infinita confianza lo que podemos llegar a ser. Y si a veces nos sentimos personas de baja estatura, que no están a la altura de los desafíos de la vida y, menos aún, de los del Evangelio, empujados en los problemas y en los pecados, Jesús nos mira siempre con amor: como con Zaqueo, viene a nuestro encuentro, nos llama por nuestro nombre y, si

lo acogemos, viene a nuestra casa. Podemos entonces preguntarnos: ¿Cómo nos vemos a nosotros mismos? ¿Nos sentimos inadecuados y nos resignamos, o precisamente cuando nos sentimos desanimados buscamos a Jesús? Y, además, ¿cómo miramos a quienes se han equivocado y tienen dificultad para levantarse del polvo de sus errores? ¿Es una mirada desde lo alto que juzga, desprecia, que excluye? Recordemos que solo es lícito mirar a una persona de arriba abajo para ayudarla a levantarse; nada más. Solamente así es lícito mirar de arriba abajo. Los cristianos debe-

mos tener la mirada de Cristo, desde abajo, que abraza, que busca al que está perdido, con compasión. Esta es, y debe ser, la mirada de la Iglesia, siempre, la mirada de Cristo, no una mirada de condena. Recemos a María, cuya humildad miró el Señor, y pi-

je de Jesús más allá de las fronteras de su país, refuerce en todos el deseo de participar, con la oración y la caridad, en la difusión del Evangelio en el mundo. ¡Un aplauso para la nueva Beata, todos juntos! Os saludo a todos vosotros, romanos y peregrinos de di-

Los cristianos debemos tener la mirada de Cristo, desde abajo, que abraza, que busca al que está perdido, con compasión. Esta es, y debe ser, la mirada de la Iglesia, siempre, la mirada de Cristo, no una mirada de condena

dámosle el don de una mirada nueva sobre nosotros mismos y sobre los demás.

Al finalizar el Ángelus, después del llamamiento a la conversión de los violentos, el Papa dirigió un pensamiento a las víctimas de la tragedia que tuvo lugar la noche anterior en Seúl y recordó la beatificación de sor María Berenice Duque Hencker celebrada el sábado en Colombia. Después saludó a algunos grupos presentes en la plaza, renovando también la invitación a la oración por la paz en Ucrania.

Queridos hermanos y hermanas: Mientras celebramos la victoria de Cristo sobre el mal y sobre la muerte, oremos por las víctimas del atentado terrorista que, en Mogadiscio, ha causado la muerte de más de cien personas, entre ellas numerosos niños. ¡Que Dios convierta el corazón de los violentos! Y recemos también al Señor Resucitado por quienes han muerto esta noche en Seúl —sobre todo jóvenes— debido a las trágicas consecuencias de una repentina estampida de la multitud. Ayer, en Medellín, en Colombia, fue beatificada María Berenice Duque Hencker, fundadora de las Hermanitas de la Anunciación. Dedicó su toda larga vida, concluida en 1993, al servicio de Dios y de los hermanos, especialmente de los más pequeños y de los excluidos. Que su celo apostólico, que la impulsó a llevar el mensa-

versos países: familias, grupos parroquiales, asociaciones, fieles. En especial, saludo, de España, a los fieles de Córdoba y al Orfeón Donostiarrá de San Sebastián, que celebra 125 años de actividad; a los chicos y chicas del Movimiento Haku-na; al grupo de San Pablo del Brasil; y a los clérigos, las religiosas y los religiosos indonesios residentes en Roma. Saludo a los participantes en el congreso promovido por la red mundial “Unservitate” y por la LUMSA; así como a los niños de la primera Comunión de Nápoles y a los grupos de fieles de Magreta, Nocera Inferior y Nardò. Y a los jóvenes de la Inmaculada. No nos olvidemos, por favor, en nuestra oración y en el dolor de nuestro corazón, de la martirizada Ucrania. Oremos por la paz: ¡no nos cansemos de hacerlo! Os deseo a todos un feliz domingo. Y, por favor, no os olvidéis de rezar por mí. Buen almuerzo y hasta la vista.



L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA

Uniusque suum Non proculdubio

Ciudad del Vaticano
redazione.spagnola.ort@spcva
www.osservatoreromano.va

ANDREA TORNIELLI

Director editorial

ANDREA MONDA

director

Silvina Pérez

jefe de la edición

Redacción

Piazza Pia, 3 - 00193 Roma

teléfono 39 06 698 45851

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE

L'OSSERVATORE ROMANO

Servicio fotográfico:

teléfono +39 06 698 45793/45794

fax +39 06 698 84998

e-mail: pubblicazioni.photo@spcva

www.photo@spcva

Suscripción digital anual: 40 euros

Agencia de publicidad:

Il Sole 24 Ore S.p.A.

System Comunicazione Pubblicitaria

Via Monte Rosa, 91, 20149 Milano

segreteria@redirezionesystem@ilssole24ore.com

En México: Arquidiócesis primada de México.

Dirección de Comunicación Social.

San Juan de Dios, 222-C. Col.

Villa Lázaro Cárdenas. CP 14370.

Del. Tlalpan. México, D.F.

teléfono + 52 55 2652 99 55

fax + 52 55 5318 75 32

e-mail: suscripciones@semanariovaticano.mx

En Perú: Editorial salesiana,

Avenida Brasil 220, Lima 5, Perú

teléfono + 51 42 357 82

fax + 51 431 67 82

e-mail: editorial@salesianos.edu.pe

Con los jóvenes de Acción Católica italiana el Papa propone la experiencia de la parroquia

El lema del “¡me interesa!” contra el cáncer del desinterés

El «lema» del cristiano comprometido con lo social, involucrado en la experiencia de las parroquias y en hacer crecer la fraternidad «no es “me da igual”, sino “¡me interesa!”». Lo dijo el Papa Francisco a los jóvenes de Acción Católica italiana que recibió en audiencia, en la mañana del sábado 29 de octubre, en el aula Pablo VI.

Queridos jóvenes de Acción Católica, ¡buenos días y bienvenidos!... Al menos sabéis hacer ruido, ¡ya es algo, adelante!

Doy las gracias al presidente nacional por sus palabras. Os digo enseguida que aprecio mucho el hecho de que vosotros tenéis en el corazón la parroquia. ¡También yo la tengo en el corazón! La parroquia. Hay movimientos, hay cosas que ruedan... La parroquia: la raíz está en la parroquia. Pero yo soy de otra generación. Nací y crecí en un contexto social y eclesial diferente, cuando la parroquia - con su párroco - era un punto de referencia central para la vida de la gente: la misa dominical, la catequesis, los sacramentos... La realidad socio-cultural en la que vivís vosotros ha cambiado mucho, lo sabemos; y ya desde hace tiempo - antes en otros países, después también en Italia- la misión de la Iglesia ha sido repensada, en particular la parroquia. Pero, en todo esto, permanece algo esencial: para nosotros, para mí y para vosotros, para nuestro camino de fe y de crecimiento, la experiencia parroquial fue y es importante, insustituible. Es el ambiente “normal” donde hemos aprendido a escuchar el Evangelio, a conocer al Señor Jesús, a ofrecer un servicio con gratuidad, a rezar en comunidad, a compartir proyectos e iniciativas, a sentirnos parte del pueblo santo de Dios...

Todo esto vosotros lo habéis vivido también a través de la Acción Católica, es decir una experiencia asociativa que está, por así decir, “entrelazada” con la de la comunidad parroquial. Algunos de vosotros imagino que habéis formado parte de un grupo ACJ, Acción Católica de Jóvenes; y ahí ya se aprende muchísimo sobre qué significa formar parte de una comunidad cristiana: participar, compartir, colaborar y rezar juntos...

Esto es muy importante: aprender a través de la experiencia que en la Iglesia todos somos hermanos por el Bautismo; que todos somos protagonistas y responsables; que tenemos dones diferentes y todos por el bien de la comunidad; que la vida es vocación, seguir Jesús; que la fe es un don para donar, un don para testimoniar. Y después, también: que el cristianismo se interesa a la realidad social y da la propia contribución; que nuestro lema no es “me da igual”, sino “¡me interesa!”. Estad atentos, estad atentos vosotros, que la enfermedad del desinterés en los jóvenes es más peligroso que un cáncer. ¡Por favor, estad atentos! Hemos aprendido que la miseria humana no es un destino que le toca a algunos desafortunados, sino casi siempre el fruto de las injusticias para extirpar. Y así hemos aprendido estas cosas. Estas realidades de vida se aprenden a menudo en la

parroquia y en la Acción Católica. ¡Cuántos jóvenes se han formado en esta escuela! Cuántos han dado su testimonio tanto en la Iglesia como en la sociedad, en las diferentes vocaciones y sobre todo como fieles laicos, que han llevado adelante como adultos y ancianos el estilo de vida madurado cuando eran jóvenes, en la parroquia.

Por tanto, queridos jóvenes, somos de generaciones diferentes, pero tenemos en común el amor por la Iglesia y la pasión por la parroquia, que es la Iglesia en medio de las casas, en medio del pueblo. Y sobre la base de esta pasión quisiera compartir con vosotros algunos puntos, tratando de sintonizarme con vuestro camino y vuestro compromiso. Ante todo, vosotros queréis contribuir a hacer crecer la Iglesia en la fraternidad. ¡Os doy las gracias! En esto estamos perfectamente sintonizados. Sí, pero ¿cómo hacerlo? En primer lugar, no asustarse si - como habéis notado - en las comunidades veis que es un poco débil la dimensión comunitaria. Es algo muy importante, pero no os asustéis, porque se trata de un dato social, que se ha agravado con la pandemia. Hoy, especialmente los jóvenes, son extremadamente diferentes respecto a hace 50 años: ya no hay ganas de hacer reuniones, debates, asambleas... Por un lado, es algo bueno, también para vosotros: ¡Acción Católica no debe ser una “Sesión” católica! ¡y la Iglesia no va adelante con las reuniones! Pero, por otro lado, el individualismo, el cerrarse en lo privado o en pequeños

grupos, la tendencia a relacionarse “a distancia” contagia también a las comunidades cristianas. Si nos verificamos, todos estamos un poco influenciados por esta cultura egoísta. Por tanto, es necesario reaccionar, y también vosotros podéis hacerlo empezando con un trabajo sobre vosotros mismos.

167. *Christus vivit*, Sendas de fraternidad. Os lo pido, leedla. El punto de partida es el salir de sí mismos para abrirse a los otros e ir a su encuentro (cfr n. 163). El Espíritu de Jesús Resucitado obra esto: nos hace salir de nosotros mismos, nos abre al encuentro. ¡Atención! No es alienación, no, es relación, en la que nos reconoce-

mos, nos soportamos - el amor cristiano se edifica en el soportarse - y nos perdonamos. Me detengo aquí. ¡Vosotros me entendéis bien, son realidades que vivís, son vuestra, nuestra alegría! Y aquí me detengo sobre un punto que para mí es como la enfermedad más grave en una comunidad parroquial: el chis-

5,13). “Este, de chico, de chica, era uno bueno, una buena, de Acción Católica, iba adelante, en todas partes... Ahora es un tibio, una tibia, es uno que no se hace sentir, una persona espiritualmente aburrída, que no tiene fuerzas para llevar adelante el Evangelio”. Estad atentos: ¡que la sal permanezca sal, que la levadura permanezca



Y digo un “trabajo” porque es un camino arduo y requiere constancia. La fraternidad no se improvisa y no se construye solo con emociones, eslóganes, eventos... No, la fraternidad es un trabajo que cada uno hace sobre sí junto con el Señor, con el Espíritu Santo, que crea armonía entre las diversidades. Os aconsejo releer esta parte de la exhortación *Christus vivit* titulada “Sendas de fraternidad”. Son pocos números: desde el 163 hasta el

mos y crecemos juntos. La realidad fundamental para nosotros es que en la Iglesia este movimiento lo vivimos en Cristo, a través de la Eucaristía: Él sale de sí y viene a nosotros para que nosotros salgamos de nosotros mismos y nos unamos a Él, y en Él nos encontremos en una comunión nueva, libre, gratuita, oblativa. La fraternidad en la Iglesia está fundada en Cristo, en su presencia en nosotros y entre nosotros. Gracias a Él nos aco-

morreo. El chismorreaje que siempre se hace como instrumento para trepar, de promoción, de auto-promoción: manchar al otro para que yo vaya más adelante. Por favor, el chismorreaje no es cristiano, es diabólico porque divide. Atentos, vosotros jóvenes, por favor. Dejemos esto para las solteras... Nunca chismorear de otro. Y si tú tienes algo contra otro, vas y se lo dices a la cara; sé hombre, sé mujer: a la cara siempre. A veces después recibirás un puño, pero has dicho la verdad, lo has dicho a la cara con caridad fraterna. Por favor, las críticas escondidas son cosas del diablo. Si queréis criticar, todos juntos, criticaros entre vosotros, pero no fuera, contra vosotros.

Y con estas cosas que he dicho se entiende en qué sentido los cristianos se convierten en “levadura” en la sociedad: si un cristiano está en Cristo, si es un hermano en el Señor, si está animado por el Espíritu, solo puede ser levadura donde vive: levadura de humanidad, porque Jesucristo es el Hombre perfecto y su Evangelio es fuerza que humaniza. Me gusta mucho una expresión que vosotros usáis: “ser amasados en este mundo”. Es el principio de encarnación, el camino de Jesús: llevar la vida nueva desde dentro, no desde fuera, no, desde dentro. Pero con una condición, que parecería obvia pero no lo es: que la levadura sea levadura, que la sal sea sal, que la luz sea luz. Pero si la levadura es otra cosa, no funciona; si la sal es otra cosa, no funciona; si la luz es oscuridad, no funciona. De otra manera, si, estando en el mundo, nos mundanizamos, perdemos la novedad de Cristo y no tenemos nada más que decir o que dar. Y aquí va bien la otra expresión que me ha conmovido: “ser jóvenes creyentes responsables creíbles”. Es lo que dice Jesús cuando, por un lado, afirma: «Vosotros sois la sal de la tierra», y después en seguida advierte: ¡atención con no perder el sabor! (cfr Mt

El mensaje del Papa a la FAO con ocasión del Foro mundial de la alimentación

La comida no es una mercancía sino un don para todos

La alimentación «es fundamental para la vida humana» y «no puede ser tratada como cualquier mercancía». Lo recuerda el Papa Francisco en el mensaje enviado al director general de la FAO con ocasión del Foro mundial de la alimentación 2022 que se celebró del 17 al 21 de octubre.

A SU EXCELENCIA

EL SEÑOR QU DONGYU

DIRECTOR GENERAL DE LA FAO

EXCELENCIA:

Saludo fraternalmente a todos los que participan en la segunda edición del Foro Mundial de la Alimentación y a quienes se comprometen y esfuerzan cada día por erradicar el hambre y la pobreza en el mundo.

La alimentación es fundamental para la vida humana, de hecho, participa de su sacralidad y no puede ser tratada como cualquier mercancía. Los alimentos son signos concretos de la bondad del Creador y frutos de la tierra.

Me vienen a la memoria nuestros abuelos y el respeto que tenían por el pan; lo besaban al traerlo a la mesa y no permitían que nada se desperdiciara. Cristo mismo, en la Eucaristía, se ha hecho pan, pan vivo para la vida del mundo (cf. Jn 6,51).

Respetar los alimentos y otorgarles el puesto preeminente que tienen para la

vida del hombre sólo será posible si, además de interesarnos por su producción, disponibilidad y acceso, así como por las medidas técnicas del comercio agrícola, tomamos conciencia de que son un don de Dios del que somos meros administradores.

Como he dicho en los otros mensajes dirigidos recientemente a vuestra Organización, nuestra primera preocupación ha de focalizarse en el ser humano como tal, considerado en su integridad y teniendo en cuenta sus necesidades reales, en particular las de aquellos que carecen del sustento básico para su supervivencia.

Queridos hermanos y hermanas, en este período de crisis interconectadas, el mensaje de Cristo, incluso para los no creyentes, nos interpela a no dar simplemente de comer sino a darnos a nosotros mismos en el servicio a los demás, reconociendo y garantizando la centralidad de la persona humana.

Esta prioridad sólo podrá ser salvaguardada si volvemos a creer en la fraternidad y la solidaridad que deben inspirar las relaciones entre las personas y entre los pueblos.

Confío a Dios Todopoderoso los frutos de este encuentro, a fin de que se incrementen las iniciativas y decisiones que contribuyan al bien y al futuro de toda la humanidad.

Vaticano, 17 de octubre de 2022

FRANCISCO

La misa celebrada por el Papa e

Entre es



«Ejercitémonos en el deseo del paraíso. Nos hace bien hoy preguntarnos si nuestros deseos tienen que ver con el cielo. Porque corremos el riesgo de aspirar continuamente a cosas que pasan, de confundir los deseos con las necesidades, de anteponer las expectativas del mundo con la espera de Dios». Lo dijo el Papa Francisco en la homilía de la misa celebrada en la basílica vaticana, en la mañana del miércoles 2 de noviembre, en sufragio de los cardenales y obispos difuntos durante el año.

Las Lecturas que hemos escuchado suscitan en nosotros, en mí, dos palabras: espera y sorpresa.

Espera expresa el sentido de la vida, porque vivimos en la espera del encuentro: el encuentro con Dios, que es el motivo de nuestra oración de intercesión hoy, especialmente para los cardenales y los obispos difuntos durante el último año, por los cuales ofrecemos en sufragio este Sacrificio eucarístico. Todos vivimos en la espera, en la esperanza de sentir que nos dirigen un día esas palabras de Jesús: «Venid benditos de mi Padre» (Mt 25,34). Estamos en la sala de espera del mundo para entrar en el paraíso, para formar parte de ese «banquete para todos los pueblos» del que ha hablado el profeta Isaías (cfr 25,6). Él dice algo que nos calienta el corazón porque cumplirá precisamente nuestras expectativas más grandes: el Señor «consumirá la Muerte definitivamente» y «enjugará el Señor Yahveh las lágrimas de todos los rostros» (v. 8). ¡Es hermoso cuando el Señor viene a enjugar las lágrimas! Pero es muy feo cuando esperemos que sea otro, y no el Señor, quien las enjague. Es más feo todavía no tener lágrimas. Entonces nosotros podríamos decir: «Ahí tienes a nuestro Dios: esperamos que nos salve - que nos enjague las lágrimas-, nos regocijamos y nos alegramos por su salvación» (v. 9). Sí, vivimos a la espera de recibir bienes tan grandes y hermosos que ni siquiera logramos imaginarlos, porque, como nos ha recordado el

apóstol Pablo, somos «herederos de Dios y coherederos de Cristo» (Rm 8,17) y «nosotros mismos gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo» (cfr v. 23).

Hermanos y hermanas, alimentemos la espera del Cielo, ejercitémonos en el deseo del paraíso. Nos hace bien hoy preguntarnos si nuestros deseos tienen que ver con el cielo. Porque corremos el riesgo de aspirar continuamente a cosas que pasan, de confundir los deseos con las necesidades, de anteponer las expectativas del mundo con la espera de Dios. Pero perder de vista lo que cuenta para seguir el viento sería el error más grande de la vida. Miremos a la alto, porque estamos en camino hacia lo Alto, mientras que las cosas de aquí abajo no irán allí arriba: las mejores carreras, los más grandes éxitos, los títulos y los reconocimientos más prestigiosos, las riquezas acumuladas y las ganancias terrenas, todo desvanecerá en un momento, todo. Y toda expectativa puesta en ellas quedará defraudada para siempre. Sin embargo, ¡cuánto tiempo, cuántos esfuerzos y energías gastamos preocupándonos y entristeciéndonos por estas cosas, dejando que la tensión hacia el hogar se desvanezca, perdiendo de vista el sentido del camino, el destino del viaje, el infinito al que nos dirigimos, la alegría por la que respiramos! Preguntémosnos: ¿vivo lo que digo en el Credo: «Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro»? ¿Y cómo va mi espera? ¿Soy capaz de ir a lo esencial o me distraigo con tantas cosas superfluas? ¿Cultivo la esperanza o voy adelante quejándome, porque le doy demasiado valor a tantas cosas que no cuentan y que luego pasarán?

En la espera del mañana, nos ayuda el Evangelio de hoy. Y aquí emerge la segunda palabra que quisiera compartir con vosotros: sorpresa. Porque es grande la sorpresa cada vez que escuchamos el capítulo 25 de Mateo. Es similar a la de los protagonistas, que dicen:

«Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; o sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero, y te acogimos; o desnudo, y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y fuimos a verte?» (vv. 37-39). ¿Cuándo? Así se expresa la sorpresa de todos, el estupor de los justos y la consternación de los injustos.

¿Cuándo? Lo podremos decir también nosotros: esperaríamos que el juicio sobre la vida y el mundo se realice bajo el estandarte de la justicia, ante un tribunal resolutorio que, examinando cada elemento, aclare situaciones e intenciones para siempre. Sin embargo, en el tribunal divino, la única cabeza de mérito y de acusación es la misericordia hacia los pobres y los descartados: «Cuanto hicisteis a unos

de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis», sentencia Jesús (v. 40). El Altísimo parece que esté en los más pequeños. Quien habita los cielos demuestra entre los más insignificantes del mundo. ¡Qué sorpresa! Pero el juicio se llevará a cabo así porque lo pronunciará Jesús, el Dios del amor humilde, Aquel que, nacido y muerto pobre, vivió como siervo. Su medida es un amor que va más allá de nuestras medidas y su vara de medir es la gratuidad. Entonces, para prepararnos, sabemos qué hacer: amar gratuitamente y a fondo perdido, sin esperar a cambio, a los que están incluidos en su lista de preferencias, a los que no pueden devolvernos nada, a los que no nos atraen, a los que sirven a los pequeños.

Esta mañana recibí una carta de un capellán de un hogar de niños, un capellán luterano protestante en un hogar de niños en Ucrania. Niños huérfanos de guerra, niños solos, abandonados. Y él decía: «Este es mi servicio: acompañar a estos descartados, porque han per-

dido a sus padres, la guerra cruel los ha hecho quedarse solos». Este hombre hace lo que Jesús le pide: cuidar a los pequeños de la tragedia. Y cuando he leído esa carta, escrita con tanto dolor, me he emocionado, porque he dicho: «Señor, se ve que sigues inspirando los verdaderos valores del Reino».

¿Cuándo?, dirá este pastor cuando encuentre al Señor. Ese «cuando» asombrado, que vuelve cuatro veces en las preguntas que la humanidad dirige al Señor (cfr vv. 37-38.39-44), llega tarde, solo «cuando el Hijo del hombre venga en su gloria» (v. 31). Hermanos, hermanas, no nos dejemos sorprender también nosotros. Estemos bien atentos a no endulzar el sabor del Evangelio. Porque a menudo, por conveniencia o por comodidad, tendemos a atenuar el mensaje de Jesús, a aguar sus palabras. Admitámoslo, nos hemos vuelto buenos en hacer acuerdos con el Evangelio. Siempre hasta aquí, hasta allí... acuerdos. ¡Dar de comer al os hambrientos sí, pero la



en sufragio de los cardenales y obispos difuntos durante el año

espera y sorpresa



cuestión del hambre es compleja, y no puedo ciertamente resolverla yo! Ayudar a las pobres sí, pero después las injusticias deben ser afrontadas de una cierta manera y entonces es mejor esperar, también porque también porque si te comprometes corres el riesgo de que te molesten siempre y quizás te des cuenta de que podrías haberlo hecho mejor, mejor esperar un poco. Estar cerca de los enfermos y de los presos sí, pero en las primeras páginas de los periódicos y de las redes sociales están otros problemas más urgentes y por tanto ¿por qué precisamente yo debo interesarme por ellos? Acoger a los migrantes sí, cierto, pero es una cuestión general complicada, tiene que ver con la política... Yo no me mezclo en estas cosas... Siempre los acuerdos: "sí, sí...", pero "no, no". Estos son los compromisos que nosotros hacemos con el Evangelio. Todos "sí" pero, al final, todo "no". Y así, a fuerza de "pero" y de "mas" - muchas veces nosotros somos hombres y mujeres de "pero" y de "mas" - hacemos de la

vida un acuerdo con el Evangelio. De simples discípulos del Maestro nos convertimos en maestros de complejidad, que argumentan mucho y hacen poco, que buscan respuestas más delante del ordenador que delante del Crucifijo, en internet en vez de en los ojos de los hermanos y de las hermanas; cristianos que comentan, debaten y exponen teorías, pero no conocen por su nombre ni siquiera a un pobre, no visitan un enfermo desde hace meses, no han dado nunca de comer o vestido a nadie, nunca han estrechado amistad con un necesitado, olvidando que «el programa del cristiano es un corazón que ve» (Benedicto XVI *Deus caritas est*, 31).

¿Cuándo? - la gran sorpresa: sorpresa por la parte justa y por la parte injusta - ¿Cuándo? Se preguntan sorprendidos tanto los justos como los injustos. La respuesta es una sola: el cuándo es ahora, hoy, a la salida de esta Eucaristía. Ahora, hoy. Está en nuestras ma-

nos, en nuestras obras de misericordia: no en las puntualizaciones y en los análisis refinados, no en las justificaciones individuales o sociales. En nuestras manos, y nosotros somos responsables. Hoy el Señor nos recuerda que la muerte viene a hacer la verdad sobre la vida y quita cualquier circunstancia atenuante a la misericordia. Hermanos, hermanas, no podemos decir que no lo sabemos. No podemos confundir la realidad de la belleza con el maquillaje hecho artificialmente. El Evangelio explica cómo vivir la espera: se va al encuentro de Dios amando porque Él es amor. Y, en el día de nuestra despedida, la sorpresa será feliz si ahora nos dejamos sorprender por la presencia de Dios, que nos espera entre los pobres y los heridos del mundo. No tengamos miedo de esta sorpresa: vamos adelante en las cosas que el Evangelio nos dice, para ser juzgados justos al final. Dios espera ser acariciado no por palabras, sino con los hechos.



La oración en el video del mes del Papa

Por los niños que sufren

Con un sentido llamamiento Francisco pide a todos intervenir por «los niños que sufren»: esta es la intención de oración para noviembre, en el vídeo mensual difundido el lunes 31 de octubre por la Red mundial de oración del Papa.

«Todavía hay —es el grito de alarma del Pontífice— millones de niños y niñas que sufren y viven en condiciones muy parecidas a la esclavitud. No son números: son seres humanos con un nombre, con un rostro propio, con una identidad que Dios les ha dado».

Se ven en el vídeo imágenes de dramática actualidad: niños y niñas que viven por la calle, que transportan sacos, o cargas pesadas, obligados a trabajar en los vertederos, a buscar comida entre los desechos, en condiciones al límite de la supervivencia.

Los rostros de los pequeños, que son encuadrados en primer plano, revelan las heridas del sistema en

los que están obligados a vivir, con sonrisas tenues, mejillas surcadas de lágrimas y sucias, marcadas por las fatigas y por las prepotencias.

El Papa subraya que «demasiadas veces olvidamos nuestra responsabilidad y cerramos los ojos ante la explotación de estos niños que no tienen derecho ni a jugar, ni a estudiar, ni a soñar».

De hecho, añade, «ni siquiera tienen el calor de una familia».

De aquí una clara atribución de responsabilidad para quien permite y favorece la explotación y la explotación de la infancia: «¡Cada niño marginado, abandonado por su familia, sin escolarización, sin atención médica, es un grito! Un grito que se eleva a Dios y acusa al sistema que los adultos hemos construido».

No hay dudas de que la responsabilidad por cada pequeño que sufre, incluso en medida diversa, son colectivas: «Un niño abandonado

es culpa nuestra».

El Papa lanza además una sentida invitación a comprometerse para cambiar estas situaciones: «No podemos permitir más que se sientan solos y abandonados; necesitan poder recibir una educación y sentir el amor de una familia para saber que Dios no los olvidó».

Al finalizar el vídeo ofrece un motivo de esperanza, cuando —mientras Francisco pide rezar para que «los niños y niñas que sufren, los que viven en las calles, las víctimas de las guerras y los huérfanos, puedan acceder a la educación y redescubrir el afecto de una familia»— se ve a dos padres que abrazan un pequeño sobre cuyo rostro aparece la alegría.

Algunos datos mundiales proporcionados por Unicef sobre el fenómeno de la explotación de los niños presentan un cuadro dramático: 1000 millones de niños en todo el mundo viven en una pobre-

za multidimensional. Esto significa que no tienen acceso a la educación, a la asistencia sanitaria, a una casa, a la alimentación o al agua. Se estima que 153 millones de niños son huérfanos.

Al respecto, el alto Comisionado para los Derechos Humanos de la ONU manifestó en una carta reciente que «a finales del año pasado, más de 450 millones de niños —uno de cada seis— vivían en una zona de conflicto, la cifra más alta en 20 años».

Una cifra récord de 36,5 millones de niños fueron desplazados de sus hogares como consecuencia de conflictos, violencia y otras crisis».

Difundido a través de la página web www.thepopevideo.org, la grabación traducida en 23 lenguas ha sido creada y producida por la Red mundial de oración en colaboración con la agencia La Machi y el Dicasterio para la comunicación.

La audiencia del 25 aniversario de la fundación de Copercom

Encuentro, escucha y palabra: el «abc» del buen comunicador

Encuentro, escucha, palabra: en este «tríptico» hay «una especie de 'abc' del buen comunicador, porque es la dinámica que subyace a toda buena comunicación». Lo dijo el Papa Francisco a los miembros de la Coordinadora de Asociaciones para la Comunicación (COPERCOM) recibidos en audiencia la mañana del 31 de octubre, en la Sala del Consistorio, con motivo del vigésimo quinto aniversario de la fundación de la organización.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Les doy la bienvenida y agradezco al presidente de la Coordinación de Asociaciones de Comunicación sus amables palabras. Me complace compartir este momento de celebración —aplazado dos años debido a la pandemia— por el 25º aniversario de la fundación de la Coordinación, junto con todas las asociaciones que actualmente pertenecen a ella. Es un aniversario que nos invita a dar las gracias por la feliz intuición de crear, con el apoyo de la Secretaría General de la Conferencia Episcopal Italiana, una organización que puso en red a varias asociaciones nacionales que trabajan en el ámbito de la comunicación. Al mismo tiempo, es una buena oportunidad para reflexionar sobre la misión que debe cumplir una organización como la suya hoy en día: de hecho, los procesos de comunicación cambian continuamente y con rapidez, lo que requiere un «más» de planificación y visión. Por ello, aprovecho esta oportunidad para reflexionar con ustedes sobre algunos objetivos.

La primera es, por así decirlo, institucional: la coordinación. Es un objetivo noble reunir varias realidades para lograr un fin concreto. Coordinar es un verbo conocido. ¿Pero para quién? ¿Para qué? Estas son las preguntas que ayudan a definir mejor el compromiso diario con la buena comunicación. Coordinar no es una tarea fácil, requiere paciencia, visión, unidad de propósito y, sobre todo, la valorización de las identidades asociativas individuales, que deben ponerse al servicio del conjunto. Hay que hacer fructificar los talentos y las capacidades en beneficio de todos, al servicio de la Iglesia en Italia. Les animo a empezar desde aquí y a mirar al futuro con confianza, dispuestos también a tomar caminos diferentes e innovadores. El camino recorrido en estos veinticinco años les ofrece ya un buen caudal de experiencia para seguir mejorando el trabajo de coordinación.

Un segundo objetivo es el cambio. Hemos observado repetidamente que «no estamos viviendo simplemente una época de cambios, sino un cambio de época. Por tanto, estamos en uno de esos momentos en que los cambios no son más lineales, sino de profunda transformación; constituyen elecciones que transforman velozmente el modo de

vivir, de interactuar, de comunicar y elaborar el pensamiento, de relacionarse entre las generaciones humanas, y de comprender y vivir la fe y la ciencia» (Discurso a la Curia Romana, 21 de diciembre de 2019). Por lo tanto, no hay que tener miedo a dejarse desafiar por los retos y las oportunidades que propone el momento actual. En esto deberían ser expertos: ¡expertos en el cambio! De hecho, al estar a cargo de la comunicación, saben muy bien cómo las innovaciones tecnológicas están acelerando los procesos y las transiciones generacionales. El cambio, para ser abordado y gestionado de forma fructífera, requiere una buena formación y capacitación. Les invito a mirar, en particular, a las nuevas generaciones y a identificar las vías más adecuadas para establecer contactos significativos con ellas. Y cuidado, porque cambiar no significa seguir las modas del momento, sino convertir la forma de ser y de pensar, partiendo de la actitud de asombro ante lo que no cambia y, sin embargo, ¡siempre es nuevo! Asombro que es el antídoto contra la costumbre repeti-

tiva y la autorreferencialidad. El asombro te hace avanzar, te hace cambiar, te hace caminar. El hábito es repetitivo, y la autorreferencialidad hace que te mires, así, en el espejo, para mirarte.

El tercer objetivo es un tríptico: encuentro, escucha y palabra. Es una especie de «abc» del buen comunicador, porque es la dinámica que sustenta toda buena comunicación. En primer lugar, el encuentro con el otro: significa abrir el corazón, sin pretensiones, a la persona que tenemos delante. El encuentro es el requisito previo al conocimiento. Si no hay encuentro, no hay comunicación. Pero para que haya encuentro debe haber sinceridad. Pretender que hay encuentro y no reunirse, eso es malo. Luego viene la escucha. Muy a menudo nos acercamos a los demás con nuestras convicciones, hechas de ideas preconcebidas, y corremos el riesgo de permanecer impermeables a la realidad de quien tenemos delante. En cambio, se trata de aprender a callar, en primer lugar dentro de uno mismo, y a respetar al otro: respetarlo no formalmente, sino de hecho, escu-



chándolo, porque cada persona es un misterio. Escuchar es el ingrediente indispensable para que haya un verdadero diálogo. Sólo después de escuchar llega la palabra. San Juan escribe: «Eso que hemos visto y oído os lo anunciamos, para que estéis en comunión con nosotros y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo» (1 Juan 1,3). La palabra, saliendo del silencio y la escucha, puede convertirse en anuncio, y entonces la comunicación se abre a la comunión. Reunirse, escuchar y luego hablar. Deja que tu trabajo se guíe siempre por estas acciones, centrándose siempre en los sustantivos, es decir, en las personas, y no en los adjetivos que distraen. Estamos en una cultura que ha caído en el adjetivismo, todo

es adjetivo, y cuando se adjetiva se pierde la sustancialidad de la cosa. Esta misma dinámica también puede marcar un punto de inflexión para los diversos conflictos que parecen querer engullir este tiempo.

Y un último elemento: el camino sinodal, del que todos han oído hablar. La Iglesia, incluso en Italia, está recorriendo un camino, un proceso que forma parte del iniciando el año pasado a nivel universal, y que continuará hasta 2024. Más allá de la exploración temporal, caminar de manera sinodal significa vivir la eclesialidad en plenitud. Tal como enseñó el Concilio Vaticano II, que daba sus primeros pasos hace sesenta años. Os exhorto, pues, a aportar vuestra contribución

específica a este camino de la Iglesia en Italia. Como asociaciones nacionales, sois lugares donde se miden los conceptos y las teorías de cada día con el cansancio y la esperanza de las mujeres y los hombres. Esta fraternidad de vida puede abrir una ventana importante en un momento de gran conflicto. Que seáis, en vuestro compromiso diario, testigos y tejedores de comunión.

Os encomiendo a San Francisco de Sales, patrón de los periodistas y comunicadores, y al Beato Carlos Acutis, que nos muestra lo importante que es ser creativo, ser brillante en el mundo de la comunicación digital, no repetitivo. Les bendigo y rezo por ustedes. Y ustedes, por favor, recen por mí. Gracias.

La monja psicoterapeuta que ayuda a las personas a superar sus traumas

THERESIEN BARTOŇOVÁ

Pertenezco a la Congregación de las Hermanas de la Misericordia de San Carlos Borromeo. Somos una congregación muy activa pero la parte contemplativa es fundamental para nosotras. Nuestra misión es estar cerca de los que sufren. Nuestras primeras hermanas atendieron a las víctimas de la peste en las calles de Nancy, en Francia, tras la Guerra de los Treinta Años.

Mi profesión de origen es la de enfermera. He trabajado varios años en nuestro hospital en diferentes departamentos. Y ahí nació el deseo de comprender mejor la dinámica interior de la persona, la dinámica psicológica. Me ocurrió que algunos pacientes me contaron sus historias con su sufrimiento y de vez en cuando los familiares de los pacientes también necesitaban compartir los hechos de sus vidas. Y vi que escuchar ayuda a aliviar el sufrimiento. Pero a menudo sentía que necesitaba otras herramientas para poder ayudar mejor.

En esa época también empecé a estudiar teología y también me interesaba mucho el tema de las heridas interiores. Escribí mi tesis sobre el tema interdisciplinario del impacto de la aceptación y curación de la historia personal para el desarrollo espiritual. La directora de mi tesis, que era psicóloga, me dio un importante impulso para seguir la dirección de la psicología.

Así que estudié durante cuatro años en el Instituto de Psicología. Cuando volví a Praga, empecé a trabajar como psicoterapeuta. Empecé a recibir a mucha gente con traumas complejos, y una parte de mis pacientes eran personas que habían sufrido abusos se-



xuales, un trauma muy complejo que requiere un trabajo delicado y exigente. Intenté estudiar mucho para entender mejor cómo ayudar a estas personas. Y fue esta realidad la que me llevó a empezar a hacer el curso de EMDR. Este enfoque es muy eficaz y delicado y ayuda a sacar a las personas del sufrimiento. Ayuda a procesar los sucesos traumáticos sufridos que se atacan en las redes neuronales y que provocan tantos síntomas. El método EMDR tiene muchos tipos de protocolos que trabajan con los traumas vividos en la infancia, pero también con L lo que llamamos Traumas con T mayúscula, es decir, Traumas de Catástrofe, aquellos en los que la persona se ve amenazada, en los que su vida está en peligro, accidentes de tráfico, la muerte de alguien cercano, L catástrofes como terremotos, esta misma guerra que estamos viviendo ahora. Además de los diferentes tipos de pro-

tolos, también hay herramientas que pueden utilizarse inmediatamente después de un acontecimiento traumático. Cuanto antes se intervenga con este instrumento, antes se ayudará a las personas a no desarrollar los síntomas del trastorno postraumático. Por lo tanto, es muy útil intervenir lo antes posible para calmar el sistema nervioso y procesar los síntomas. Por ejemplo, hace un año en la República Checa hubo un tornado que devastó cinco pueblos de Moravia. La Asociación EMDR (Český institut pro psychotraumatologii a EMDR), fundada en 2020, a la que pertenezco, se puso en contacto con colegas italianos. La presidenta de la Asociación EMDR Italia, la Dra. Isabel Fernández, fue un gran apoyo para nosotros durante ese desastre. Nos dio herramientas para acercarnos a la gente y ayudarles a sobrellevar la situación. Con mi colega Zuzana Čepelíková, que es la presi-

denta de nuestra asociación, fuimos a Moravia para trabajar con la gente sobre el terreno. Durante ese tiempo, también nos pusimos en contacto con nuestro colega mexicano, el Dr. Ignacio Jarero, que nos ayudó a trabajar con algunos grupos porque, en las catástrofes, es necesario trabajar con la gente en grupo, ya que es difícil tener la posibilidad de realizar sesiones individuales.

Todo esto nos preparó para la situación de guerra en Ucrania. Una semana después del estallido de la guerra en Ucrania, Zuzana Čepelíková organizó cursos para colegas ucranianos, psicólogos y psiquiatras, con la colaboración de la Asociación EMDR de Ucrania y el gran apoyo de EMDR Europa. A partir de entonces, impartimos muchos cursos para más de 1.500 colegas ucranianos que podían ayudar sobre el terreno. En junio, durante una conferencia internacional de EMDR celebrada en Valencia, hablé con un colega ucraniano. Trabaja en el hospital con soldados heridos. Me dijo que el método EMDR es un gran alivio para ellos y que también ayuda a que las heridas físicas sanen mejor porque su sistema nervioso se ha calmado y el cuerpo reacciona mejor a la medicina. En este momento terrible y difícil, también experimentamos la cercanía, la solidaridad y la ternura que podíamos darnos unos a otros.

Fue una bonita experiencia a nivel humano porque experimentamos que si nos enfrentamos a algo difícil, somos capaces de ayudarnos unos a otros. Esto también puede hacer crecer flores de bondad y belleza en las situaciones difíciles por las que pasamos.

#sistersproject

Discurso del Papa Francisco en Baréin con las autoridades, la sociedad civil y el cuerpo diplomático

Que callen las armas que alimentan la monstruosidad de la guerra

«Baréin, cuya mayor riqueza resplandece en su variedad étnica y cultural, en la convivencia pacífica y en la tradicional hospitalidad de la población. Una diversidad que no es uniformante, sino inclusiva». Lo destacó el Papa Francisco en su primer discurso del viaje a Baréin, en su encuentro con las autoridades, la sociedad civil y el cuerpo diplomático el jueves 3 de noviembre. Asimismo, reflexionó sobre «emblema de vitalidad» que caracteriza al país, es decir, el «árbol de la vida» y la importancia de las «raíces».

Majestad, Altezas Reales, ilustres Miembros del Gobierno y del Cuerpo diplomático, distinguidas autoridades religiosas y civiles, señoras y señores, As-salamu alaykum. Agradezco de corazón a Su Majestad la amable invitación a visitar el Reino de Baréin, la calurosa y generosa acogida y las palabras de bienvenida que me ha dirigido. Saludo cordialmente a cada uno de ustedes. Deseo dirigir una palabra de amistad y afecto a quienes viven en este país; a cada creyente, a cada persona y a cada familia, que la Constitución de Baréin define «piedra angular de la sociedad». A todos les expreso mi alegría de estar con ustedes.

Aquí, donde las aguas del mar circundan las arenas del desierto e imponentes rascacielos flanquean los tradicionales mercados orientales, realidades lejanas se encuentran, antigüedad y modernidad convergen, historia y progreso se funden; sobre todo, gentes de diversas procedencias forman un original mosaico de vida. Cuando me preparaba para este viaje, supe de la existencia de un «emblema de vitalidad» que caracteriza al país. Me refiero al así llamado «árbol de la vida» (Shajarat-al-Hayat), en el que quisiera inspirarme para compartir algunos pensamientos. Se trata de una acacia majestuosa, que sobrevive desde siglos en una zona desértica, donde las lluvias son muy escasas. Parece imposible que un árbol tan longevo resista y prospere en tales condiciones. Según dicen, el secreto está en las raíces, que se extienden por decenas de metros bajo el suelo, alcanzando depósitos de agua subterráneos.

Por lo tanto, veamos las raíces. El Reino de Baréin está comprometido en investigar y valorar su pasado, que da cuenta de una tierra sumamente antigua, a la que, desde hace milenios, los pueblos acudían atraídos por su belleza, debida particularmente a la gran cantidad de fuentes de agua dulce que le dieron la fama de ser paradisíaca. El antiguo reino de Dilmun era llamado «tierra de los vivos». Remontándonos a las vastas raíces del tiempo —unos 4.500 años de presencia humana ininterrumpida— se pone de manifiesto cómo la posición geográfica, la predisposición y las capacidades

comerciales de la gente, además de determinados hechos históricos, hayan dado a Baréin la oportunidad de conformarse como una confluencia de enriquecimiento mutuo entre los pueblos. Un aspecto, por tanto, destaca de esta tierra: ha sido siempre lugar de encuentro entre poblaciones diversas.

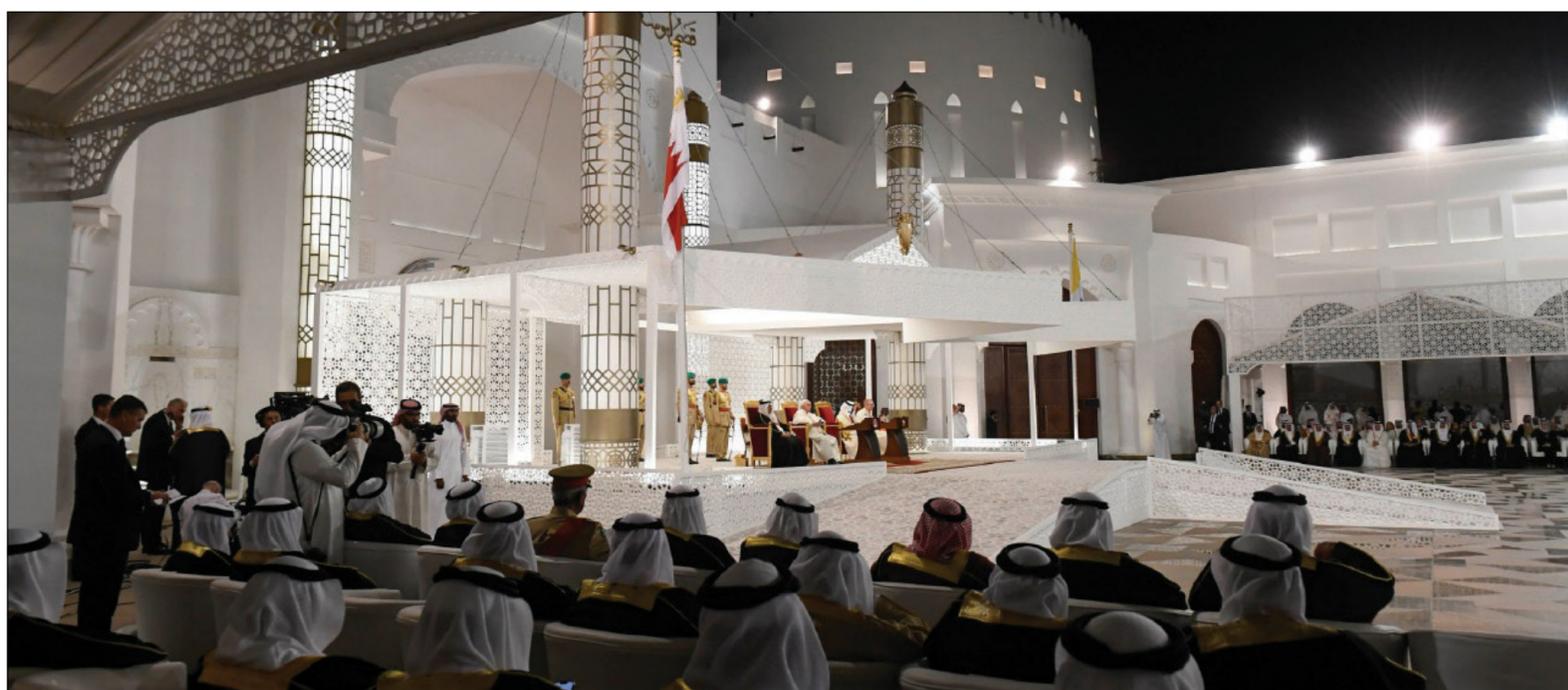
Esta es el agua vital de la que todavía hoy se abrevan las raíces de Baréin, cuya mayor riqueza resplandece en su variedad étnica y cultural, en la convivencia pacífica y en la tradicional hospitalidad de la población. Una diversidad que no es unifor-

malmente en el derecho a la vida, en la necesidad de garantizarlo siempre, también en relación a los que son castigados, cuya existencia no puede ser eliminada. Volvamos al árbol de la vida. Las numerosas ramas de diversos tamaños que lo caracterizan, con el tiempo han generado un frondoso follaje, aumentando su altura y amplitud. En este país ha sido precisamente la contribución de muchas personas de pueblos diferentes lo que ha permitido un considerable desarrollo productivo. Eso ha sido posible gracias a la inmigración, de la que el

del mismo desarrollo de los países (cf. Gaudium et spes, 9.27.60.67). En ese sentido, Baréin cuenta con valiosas adquisiciones. Pienso, por ejemplo, en la primera escuela femenina que surgió en el Golfo y en la abolición de la esclavitud. Que este sea un faro que promueva, en toda la región, derechos y condiciones justas y cada vez mejores para los trabajadores, las mujeres y los jóvenes, garantizando al mismo tiempo respeto y atención para los que sufren mayor marginación en la sociedad, como los que han emigrado y los presos. El de-

monstruosa e insensata de la guerra, que siembra destrucción en todas partes y erradica la esperanza. En la guerra emerge el lado peor del hombre: el egoísmo, la violencia y la mentira. Sí, porque la guerra, toda guerra, representa también la muerte de la verdad. Rechacemos la lógica de las armas e invirtamos la ruta, convirtiendo los enormes gastos militares en inversiones para combatir el hambre, la falta de asistencia sanitaria y de instrucción. Tengo el corazón lleno de dolor por tantas situaciones de conflicto. Mirando a la Península arábiga, cuyos pai-

ses deseo saludar con cordialidad y respeto, dirijo un pensamiento especial y apenado a Yemen, martirizado por una guerra olvidada que, como toda guerra, no conduce a ninguna victoria, sino sólo a amargas derrotas para todos. Recuerdo en la oración sobre todo a los civiles, a los niños, a los ancianos, a los enfermos, e imploro: ¡que callen las armas, que callen las armas, que callen las armas! ¡Comprometámonos en todas partes y realmente por la paz!



mante, sino inclusiva, es la que representa el tesoro de todo país verdaderamente desarrollado. Y en estas islas se ve una sociedad heterogénea, multiétnica y multirreligiosa, capaz de superar el peligro del asilamiento. Esto es muy importante en nuestro tiempo, donde el repliegue exclusivo sobre sí mismo y sobre los propios intereses impide captar la importancia irrenunciable del conjunto. En cambio, los numerosos grupos nacionales, étnicos y religiosos que aquí coexisten testimonian que se puede y se debe convivir en nuestro mundo, convertido desde hace décadas en una aldea global en la que, a pesar de dar por sentada la globalización, es todavía desconocido en muchos sentidos «el espíritu de la aldea»: la hospitalidad, la búsqueda del otro, la fraternidad. Por el contrario, asistimos con preocupación al crecimiento, a gran escala, de la indiferencia y de la sospecha recíproca, a la expansión de rivalidades y contraposiciones que se pensaban superadas, a populismos, extremismos e imperialismos que ponen en peligro la seguridad de todos. No obstante el progreso y tantas conquistas civiles y científicas, la distancia cultural entre las diversas partes del mundo aumenta, y a las benéficas oportunidades de encuentro se anteponen feroces actitudes de enfrentamiento.

humana pacífica. Agradezco desde ya a los compañeros de viaje, de modo especial a los Representantes religiosos. Estos días marcan una etapa preciosa en el proceso de amistad que se ha intensificado en los últimos años con diversos jefes religiosos islámicos. Un camino fraterno que, bajo la mirada del cielo, quiere favorecer la paz en la tierra.

A este respecto, expreso mi aprecio por las conferencias internacionales y por las oportunidades de encuentro que este Reino organiza y favorece, centrándose especialmente en el tema del respeto, la tolerancia y la libertad religiosa. Son temas esenciales, reconocidos por la Constitución del país, que establecen que «no debe haber ninguna discriminación en base al sexo, a la proveniencia, a la lengua, a la religión o al credo» (art. 18), que «la libertad de conciencia es absoluta» y que «el Estado tutela la inviolabilidad del culto» (art. 22). Son, sobre todo, compromisos que han de ser puestos en práctica constantemente, para que la libertad religiosa sea plena y no se limite a la libertad de culto; para que la misma dignidad y la igualdad de oportunidades sean reconocidas concretamente a cada grupo y a cada persona; para que no haya discriminaciones y los derechos humanos fundamentales no sean violados, sino promovidos. Pienso princi-

palmente en el derecho a la vida, en la necesidad de garantizarlo siempre, también en relación a los que son castigados, cuya existencia no puede ser eliminada. Volvamos al árbol de la vida. Las numerosas ramas de diversos tamaños que lo caracterizan, con el tiempo han generado un frondoso follaje, aumentando su altura y amplitud. En este país ha sido precisamente la contribución de muchas personas de pueblos diferentes lo que ha permitido un considerable desarrollo productivo. Eso ha sido posible gracias a la inmigración, de la que el

Reino de Baréin ostenta una de las tasas más elevadas del mundo; cerca de la mitad de la población residente es extranjera y trabaja de modo notable por el desarrollo de un país en el que, aun habiendo dejado la propia patria, se siente en casa. Pero no se puede olvidar que en los tiempos actuales el trabajo aún es muy escaso, y hay demasiado trabajo deshumanizador. Eso no sólo conlleva graves riesgos de inestabilidad social, sino que representa un atentado a la dignidad humana. En efecto, el trabajo no sólo es necesario para ganarse la vida, es un derecho indispensable para desarrollarse integralmente a sí mismo y para formar una sociedad a la medida del hombre. Desde este país, atractivo por las oportunidades laborales que ofrece, quisiera señalar la emergencia de la crisis laboral mundial. A menudo el trabajo, valioso como el pan, falta; frecuentemente es pan envenenado, porque esclaviza. En ambos casos, en el centro ya no está el hombre; que, de ser el fin sagrado e inviolable del trabajo, se reduce a un medio para producir dinero. Por lo tanto, que se garanticen en todas partes condiciones laborales seguras y dignas del hombre, que no impidan sino que favorezcan la vida cultural y espiritual; que promuevan la cohesión social, en favor de la vida común y

desarrollo verdadero, humano e integral se mide sobre todo por la atención hacia ellos. El árbol de la vida, que se eleva solitario en el paisaje desértico, me evoca aún dos ámbitos decisivos para todos, y que interpelan especialmente a quien, gobernando, tiene la responsabilidad de servir al bien común. En primer lugar, la cuestión ambiental: cuántos árboles son derribados, cuántos ecosistemas devastados, cuántos mares contaminados por la insaciable avaricia del hombre, que después se le vuelve en contra. No nos cansemos de trabajar por esta dramática emergencia, tomando decisiones concretas y con amplitud de miras, adoptadas pensando en las generaciones jóvenes, antes de que sea demasiado tarde y su futuro se comprometa. Que la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el cambio climático (COP27), que se realizará en Egipto dentro de pocos días, sea un paso adelante en ese sentido.

En segundo lugar, el árbol de la vida, con sus raíces que desde el subsuelo comunican el agua vital al tronco, y desde este a las ramas y de ahí a las hojas que dan oxígeno a las criaturas, me hace pensar en la vocación del hombre, de todo hombre que está sobre la tierra: hacer prosperar la vida. Pero hoy asistimos, cada día más, a acciones y amenazas de muerte. Pienso, en particular, en la realidad

de la guerra, que siembra destrucción en todas partes y erradica la esperanza. En la guerra emerge el lado peor del hombre: el egoísmo, la violencia y la mentira. Sí, porque la guerra, toda guerra, representa también la muerte de la verdad. Rechacemos la lógica de las armas e invirtamos la ruta, convirtiendo los enormes gastos militares en inversiones para combatir el hambre, la falta de asistencia sanitaria y de instrucción. Tengo el corazón lleno de dolor por tantas situaciones de conflicto. Mirando a la Península arábiga, cuyos pai-

ses deseo saludar con cordialidad y respeto, dirijo un pensamiento especial y apenado a Yemen, martirizado por una guerra olvidada que, como toda guerra, no conduce a ninguna victoria, sino sólo a amargas derrotas para todos. Recuerdo en la oración sobre todo a los civiles, a los niños, a los ancianos, a los enfermos, e imploro: ¡que callen las armas, que callen las armas, que callen las armas! ¡Comprometámonos en todas partes y realmente por la paz!

La Declaración del Reino de Baréin reconoce, a este propósito, que la fe religiosa es «una bendición para toda la humanidad», el fundamento «para la paz en el mundo». Estoy aquí como creyente, como cristiano, como hombre y peregrino de paz, porque hoy más que nunca estamos llamados, en todo el mundo, a comprometernos seriamente por la paz. Majestad, Altezas Reales, autoridades, amigos, hago mío y comparto con ustedes, a modo de deseo para estos esperados días de visita en el Reino de Baréin, un hermoso pasaje de la misma Declaración: «Nos comprometemos a trabajar para un mundo en el que la gente de buena fe se junte para rechazar lo que nos divide y se concentre en celebrar y expandir lo que nos une». Que así sea, con la bendición del Altísimo. Shukran [Gracias].

El Pontífice a la Coordinación eclesial para el VIII Centenario Franciscano

Con san Francisco para escuchar caminar y anunciar hasta las periferias

«El próximo Centenario franciscano será una celebración no ritual, se sabrá declinar juntos la imitación de Cristo y el amor por los pobres». Lo dijo el Papa a los miembros de la Coordinación eclesial para el VIII Centenario Franciscano, recibidos en audiencia, en la mañana del lunes 31 de octubre, en la Sala Clementina.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días y bienvenidos!

Me alegra encontraros, ahora que se acerca el octavo centenario franciscano (2023-2026), que promete ser una peregrinación que, desde el Valle Sagrado de Rieti, pasando por La Verna, llegará a Asís, donde todo comenzó. Agradezco las palabras dirigidas por el Padre General de los Frailes Menores.

Cuando elegí llamarme Francisco, sabía que hacía referencia a un santo muy popular, pero también muy incomprendido. De hecho, Francisco es el hombre de paz, el hombre de pobreza, el hombre que ama y celebra la creación; pero ¿cuál es la raíz de todo esto?, ¿cuál es la fuente? Jesucristo. Es un enamorado de Jesucristo, que para seguirlo no tiene miedo de hacer el ridículo, sino que sigue adelante. La fuente de toda su experiencia es la fe. Francisco la recibe como don ante el Crucifijo, y el Señor Crucificado y Resucitado le revela el sentido de la vida y del sufrimiento humano. Y cuando Jesús le habla en la persona del leproso, él experimenta la grandeza de la misericordia de Dios y la propia condición de humildad. Por esto, lleno de gratitud y de estupor, el Pobrecillo pasaba horas con su Señor y decía: «¿Quién eres tú? ¿Quién soy yo?». De esta fuente recibe en abundancia

el Espíritu Santo, que lo impulsa a imitar a Jesús y a seguir el Evangelio al pie de letra. Francisco ha vivido la imitación de Cristo pobre y el amor por los pobres de forma inseparable, como las dos caras de una misma moneda. [1]

El próximo Centenario franciscano será una celebración no ritual, se sabrá declinar juntos la imitación de Cristo y el amor por los pobres. Y esto será posible también gracias a la atmósfera que emana desde los diferentes

en la encarnación de Jesucristo el «camino» de Dios. Tal elección fundamental dice que el hombre es el «camino» de Dios y, como consecuencia el único «camino» de la Iglesia. Lo expresa con palabras memorables la *Gaudium et spes* donde se lee: «En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. [...] En la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la su-

«crucificada junto con sus vicios», transformada «en una nueva criatura, mostraba a los ojos de todos, por un privilegio singular, la efigie de la Pasión de Cristo y, por un milagro jamás visto, anticipaba la imagen de la resurrección» (LegM XV, 1: FF 1246).

«Finalmente, Asís (1226), con el Tránsito de Francisco a la Porciúncula, revela lo esencial del cristianismo: la esperanza de la vida eterna. No es casualidad que la tumba del Santo, situada en la

mundo entero te sigue, y cada persona parece querer verte y oírte y obedecerte?» (Florecillas, x: FF 1838). Para encontrar una respuesta es necesario ir a la escuela del Pobrecillo, encontrando en su vida evangélica el camino para seguir las huellas de Jesús. En concreto, esto significa escuchar, caminar y anunciar hasta las periferias.

Escuchar, en primer lugar. Francisco, delante del Crucifijo, escucha la voz de Jesús que le dice: «Francisco, ve y repara mi casa». Y el joven

vez más el Rostro de Cristo. En segundo lugar, caminar. Francisco fue un viajero incansante, que atravesó a pie innumerables pueblos y aldeas de Italia, asegurándose de estar cerca de la gente y eliminando la distancia entre la Iglesia y el pueblo. Esta misma capacidad de «salir al encuentro», en lugar de «esperar en la puerta», es el estilo de una comunidad cristiana que siente la urgencia de hacerse cercana en vez de encerrarse en sí misma. Esto nos enseña que quien sigue a san Francisco debe aprender a estar quieto y ser caminante: quieto en la contemplación, en la oración, y luego ir adelante, caminar en el testimonio, el testimonio de Cristo.

Por último, anunciar hasta las periferias. Lo que todos necesitan es justicia, pero también confianza. Sólo la fe devuelve el soplo del Espíritu a un mundo cerrado e individualista. Con este suplemento de aliento se pueden afrontar los grandes desafíos presentes, como la paz, el cuidado de la casa común y un nuevo modelo de desarrollo, sin rendirse ante los hechos que parecen insuperables.

Queridos hermanos y hermanas, os animo a vivir en plenitud el tan esperado Centenario Franciscano. Espero sinceramente que este camino espiritual y cultural pueda combinarse con el Jubileo de 2025, en la convicción de que San Francisco de Asís todavía empuja a la Iglesia hoy a vivir su fidelidad a Cristo y su misión en nuestro tiempo. Os bendigo a todos de corazón y os pido que por favor recéis por mí. ¡Gracias!

[1] Cfr Mensaje para la XXIX Jornada Mundial de la juventud (21 de enero de 2014).



«lugares» franciscanos, cada uno de los cuales posee un carácter peculiar, un don fecundo que contribuye a renovar el rostro de la Iglesia. La primera etapa de este itinerario franciscano, en orden cronológico (1223), es Fontecolombo, en Rieti. Primera etapa con motivo de la Regla y junto a Greccio, lugar del Pesebre. Se trata de una invitación poderosa a redescubrir

«la caridad de su vocación» (n. 22).

La Verna con los estigmas (1224) representa «el último sello» -como dice Dante (Paraíso, XI, 107)- que hace al Santo asimilado a Cristo crucificado y capaz de penetrar en la vida humana, radicalmente marcada por el dolor y el sufrimiento. San Buenaventura escribió que «la carne santísima» de Francisco,

Basílica Inferior, se haya convertido con el tiempo en el imán, el corazón palpitante de Asís: signo inequívoco de la presencia de aquel cuya «vida maravillosa / mejor en la gloria del cielo sería cantada» (Paraíso, XI, 95-96).

Después de ocho siglos, San Francisco sigue siendo un misterio. Así como la pregunta de Fray Masseo permanece intacta: «¿Por qué el

Francisco responde con prontitud y generosidad a esta llamada del Señor: reparar su casa. ¿Pero qué casa? Poco a poco, se da cuenta de que no se trata de ser albañil y reparar un edificio hecho de piedras, sino de dar su contribución a la vida de la Iglesia; se trataba de ponerse al servicio de la Iglesia, amándola y trabajando para que en ella se reflejara cada

En Medellín, el cardenal Semeraro beatificó a María Berenice Duque Hencker

Con humildad evangelizó a los pobres

Una de las características de la vida de Sor María Berenice Duque Hencker fue la humildad. Así lo subrayó el cardenal Marcello Semeraro, prefecto del Dicasterio para las Causas de los Santos, durante la beatificación en Colombia de la monja, fundadora de las Hermanitas de la Anunciación. El rito, que presidió en nombre del Papa Francisco, tuvo lugar el sábado 29 de octubre en la Catedral de la Inmaculada Concepción de Medellín.

En su vivencia de la humildad, la nueva beata «siempre tuvo como modelo a la Virgen María de la Anunciación, a quien dedicó la primera de las tres fundaciones religiosas». Ella misma, señaló el cardenal, vivió su vida cotidiana en la esencialidad, considerándose un «gusanito», una «basura», «nada».

El prefecto nos invitó a considerar la frase final del re-

lato de la Anunciación en el Evangelio de Lucas: «El ángel se alejó de ella» (v. 38). Dios confía a María una enorme misión, dijo el cardenal, pero no le deja el «libro de instrucciones». Una vez obtenido el asentimiento, «el Ángel vuela al cielo; María, en cambio, se queda en la tierra... Se queda sola con el misterio de su maternidad». Se dice que «debemos vivir de la fe... el cómo, sin embargo, se deja a nuestra creatividad. Dios, de hecho, «siempre nos deja libres». Se entiende, por lo tanto, «que vivir de la fe no significa tener una receta para los problemas, sino buscar una respuesta personal, a menudo laboriosa y dolorosa a la vez, considerando los estilos de Dios y captando las interpelaciones de la historia». Esto, en definitiva, es «la santidad y es la razón por la que cada santo nos muestra una cara diferente de ella».

La manera de responder a Dios diariamente, la nueva beata «tuvo que buscarlo día tras día, superando muchas pruebas». De hecho, «contrastes e incomprensiones tuvo muchos». El «buen ejemplo», sin embargo, «le seguía viniendo de María» que, como continúa el relato evangélico «se levantó y se puso en camino depreisa hacia la montaña» (v. 39). A este respecto, el prefecto recordó las palabras de San Beda, conocido como el Venerable, un monje benedictino inglés que vivió en el siglo VIII, quien «con un poco de santa ironía observó que mientras el Ángel volaba al cielo, María escalaba montañas». Lo explicó añadiendo que «cuando se ha aceptado la palabra de Dios, lo primero que hay que hacer es subir a las cumbres del amor».

Por lo tanto, todo «debe converger finalmente en la caridad». Y también en es-

to, señaló el cardenal, la nueva beata «quiso imitar a María». La caridad, de hecho, era «la otra característica de su existencia terrenal». Y los pobres estaban «en el centro de su existencia y también, para que los pobres fueran 'evangelizados', fundó una familia religiosa. Tenía, en particular, amor por los niños más pobres, a los que consideraba los favoritos del Señor. Iba entre ellos convencida de que les pertenecía el Reino de los Cielos, el cual —dijo— comienza aquí abajo a través de las pequeñas cosas». Así fue para María y «así será siempre, hasta el final de los tiempos».

Refiriéndose de nuevo al relato evangélico de la Anunciación según Lucas, el cardenal recordó que las palabras «He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra» son la conclusión del diálogo de María con el ángel, que le trajo un

mensaje feliz. «Feliz» ciertamente, porque «señala el comienzo de nuestra salvación. Así consideramos ese anuncio y así lo proclamamos al actualizar nuestra fe: 'El Hijo eterno de Dios se ha encarnado en el seno de la Virgen María y se ha hecho hombre'. Pero, se preguntó, ¿la Virgen lo entendió así de inmediato y con certeza? El relato evangélico cuenta que al principio «se turbó mucho» y que, para consolarla, Gabriel le dijo: «No temas». Se inicia entonces un diálogo en el que María pregunta: «¿Cómo?». Así, ella es «un modelo de fe no sólo en la aceptación de la voluntad de Dios, sino también en el deseo de profundizar en la comprensión de la palabra divina». Y más adelante, el Evangelio dice que «meditaba» y «conservaba» la Palabra del Señor y también que «la puso en práctica», hasta el punto de decir a los sirvien-

tes en el banquete de Caná: «haced lo que él os diga». San John Henry Newman comentaba, a este propósito: «María es nuestro modelo de fe tanto en la aceptación como en el estudio de la Verdad divina. No le basta con aceptarla, sino que se detiene en ella, la utiliza, la desarrolla con amor».

María es «un ejemplo para nosotros al sentirse pequeña ante la grandeza de la misión con la que está investida». Ella no «se enorgullece al escuchar sobre su hijo que 'su reino no tendrá fin'». En cambio, permanece humilde y declara: «Soy la esclava del Señor». El prefecto recordó el comentario de un autor medieval al respecto: «Al ángel que le promete cosas sublimes —comentaría un autor medieval— María responde con palabras humildes» (Adán de Perseigne). Y la Virgen siempre seguirá siendo así: humilde.